

La peor catástrofe

XAVIER BRU DE SALA

LA VANGUARDIA, 30.01.09

Miles y miles - que no centenares- de árboles caídos. Destrucción insólita en edificios de probada resistencia. Un sinnúmero de viviendas seriamente dañadas. Lo peor, unas vidas humanas que estarían a salvo de haber guardado proporción la alarma previa con la realidad del huracán.

Por circunstancias debidas al azar que amablemente nos gobierna (pero con qué ferocidad, a veces), fui testimonio del vendaval del sábado. Estaba en Valldoreix, extensa área urbana de casas unifamiliares, muy poblada y arbolada, del lector conocida. El día anterior, avanzada la tarde, pesqué un aviso, supongo que oficial, difundido por Catalunya Informació, aconsejando no circular en moto ni llevar remolques de ningún tipo. Esto va en serio, deduje, aunque muchos otros minimizaron este u otros avisos presumiendo que el Govern exageraba para curarse en salud. El sábado, asombrado detrás de una ventana, pensé que era muy insuficiente. A media mañana, empezaron a volar a gran velocidad, primero ramitas, luego ramas cada vez más gruesas, arrancadas en vilo de los árboles, mostrando a un lado la blanca herida desgajada, balanceando el otro como un azote, a cuál más amenazador. Auténtica y mortal danza de proyectiles, que te hacían apartar instintivamente de la ventana, y no produjo heridos en masa porque en aquel momento era suicida cualquier intento de salir. Algún mecanismo atávico embota las mentes, sume en la congoja y paraliza el movimiento, si no es de refugio. A continuación, cayeron los pinos, altísimos, muchos de ellos centenarios, como rígidos gigantes despeinados de varias toneladas

atados de pies y manos. Inclínaban las abundantes cabelleras con cierta parsimonia, porque arrancaban y se llevaban consigo enormes panes de tierra. Tras un súbito acelerón final, caían sin estrépito, inertes, uno tras otro, o en pelotón, empujados por los de atrás, como obedeciendo una orden irrevocable. Otros se rompían por la mitad del grueso tronco. Fue una breve oleada, tras la cual aflojó durante un cuarto de hora. Era para prepararse. Entonces arreció de nuevo, a máxima intensidad constante, durante unos minutos, como si un dios enfurecido y ensañado se hubiera propuesto incrementar la devastación con una segunda y aún más poderosa oleada. Muchos de los que habían resistido la primera desfallecieron entonces. Aunque la amenaza persistía en forma de ramas voladoras, no hubo una tercera. Hasta donde alcanzaba la vista, la devastación era grande, pero en extremo irregular. En algunas parcelas y parajes, cerca de las rieras, o al inicio de la ladera de los pequeños valles, cayeron todos o se salvaron pocos. Un poco más allá, pasillos casi intactos. El bosquecillo cercano sólo fue diezmado, pero como se observaba al día siguiente en helicóptero, otros, igualmente protegidos por su mayor espesura, también sucumbieron. La única comunicación era el móvil. Imposible circular en coche porque las calles, carreteras y caminos estaban cortados por numerosos pinos atravesados, buena parte sostenidos por la cubierta de la casa de enfrente o por el frágil tendido eléctrico. Un pino cayó delante del coche que acompañaba a las hijas de una amiga, de vuelta del deporte, al dar marcha atrás, otro pino le cortó la retirada. Si un tercero no las mató, no fue tanto obra del azar como de la probabilidad: apenas circulaban vehículos.

Tres apuntes. Primero, si aquello pasa en día laborable, y con avisos que no contemplaran el cierre preventivo de todos los colegios y recomendaran además no salir de casa o refugiarse en los momentos de

máxima intensidad, hubieran podido registrarse centenares de muertos. El huracán también se habría llevado el Govern por delante. Por fortuna dentro de la desgracia, ha sido un serio aviso y se van a revisar los protocolos de emergencia, así como los estándares de numerosos equipamientos.

Segundo, existe una escala Beaufort del viento, vigente y perfeccionada a lo largo de dos siglos, según la cual un viento de fuerza diez - unos cien kilómetros por hora-arranca árboles. ¿Quién y con qué aviesa finalidad ha puesto el límite de los ciento treinta y cinco, cuando la escala, de valor universal, señala que a partir de ciento dieciocho el viento es ya huracán? Es de idiotas, no de meteorólogos, ni de científicos, ni siquiera de seres racionales, suponer o dar a entender que el viento medido por los anemómetros, habitualmente en puntos elevados, puede servir de base objetiva para determinar la velocidad en un paraje cercano de distinta orografía. Se comprenden mejor los acelerones y cambios del viento si tenemos en cuenta que se comporta, a ras de suelo, como si fuera agua torrencial: un rápido al lado de una relativa mansedumbre, lentitud al escalar una ladera y progresiva aceleración al desplomarse por la contraria, etcétera.

Último. Bastan dos datos - los veinticinco millones de euros estimados para la reparación de la red eléctrica, el desbordamiento sin precedentes de las compañías de seguros-para concluir que el 24/I/2009 sucedió la peor catástrofe natural de la Catalunya contemporánea.